

gar á privar con el valido, y con el Monarca, á ser posible. Baste, como prueba de ello, la ruidosa prision del Marqués de Camarasa, en 8 de Febrero de este año, acusándole de tener plática con cierto astrólogo y hechicero á fin de alcanzar la privanza con S. M., y arrancar del favor soberano al duque de Lerma. (243)

Aparentaban, pues, los grandes de la corte proteger las letras con darles entrada en sus regios palacios, para tener séquito y pregonar y levantar la importancia de su poder. Y á su ejemplo dividianse tambien los poetas en sectas, competencias y porfias, tomando partido por este ó aquel prócer, con la esperanza de mayor medro, é interesándose en las aspiraciones y resentimientos de sus respectivos patronos. Con ello la cuestion literaria más inocente despertaba rivalidades y enconados odios, convirtiendo la academia en un campo de Agramante, y haciendo que el Gobierno tuviera precision de cerrarlas á cada paso. Justino censura en los españoles el mal gusto de preferir á la regalada paz el desasosiego y alboroto de la guerra. (244)

CAPITULO III.

Los ingenios á merced de los potentados.—Lope de Vega.—Dificúltanse las pretensiones de Alarcon, y resuelve dar comedias á los teatros de Madrid.—Consíguelo desde el año de 1613.—“El Semejante á sí mismo.”—“El Desdichado en fingir,” y “La Cueva de Salamanca.”

1613

El crédito del poeta y del orador, lo mismo que las esperanzas de medro, hallábanse en arbitrio de los magnates. El buen sermon, la buena defensa, el libro docto, la comedia famosa, necesitaban, si lo habian de parecer, la sancion de los nobles en el patio de Palacio, en las gradas de San Felipe, en el estrado de la dama, en los aposentos de ambos coliseos, en la huerta del Duque de Lerma, en las alamedas del rio y en el prado de San Gerónimo. A decidir de todo *ex-cátedra*, y á que su voto prevaleciera sobre el de los demás, arrojábase el hombre adinerado, movido de su petulancia, presuncion y soberbia;

creyendo que para ser y parecer príncipe le era necesario ostentar ciencia infusa, mirar con desprecio y menosprecio las obras de los ingenios divinos, y tener uno de ellos en su servidumbre asalariado. No obstante, como el chistoso médico de Molière, que, á fin de que su compañero de consulta le pasase el ruibarbo, pasábale á él la hipecacuana, cada poderoso mecénas cuidó mucho de considerar al vate protegido de otro mecénas, y aun de otorgarle favores. No hay hombre sin hombre; y quien supo ganar ilustres y verdaderos amigos halló siempre de su lado á Minerva.

Nadie tan feliz por entónces, en la bien merecida predileccion de la aristocracia, como Lope de Vega Carpio. Nadie tan mimado á toda hora de Córdoba y Silvas, de Mendozas y Toledo; nadie con mayor cautela y astucia, aunque á costa de la propia dignidad y de la conciencia muchas veces, para tener ciegamente aprisionados la voluntad y el más resuelto patrocinio de un protector ilustre, joven, fastuoso y mujeriego. Habiale hallado por el verano de 1606, en D. Luis Fernández de Córdoba, Cardona y Aragon, duque de Sessa, de Baena y Soma, conde de Cabra, gran Almirante de Nápoles, y comendador de Bedmar en la Orden de Santiago. Mozo á la sazón de veintisiete años (diez

y siete ménos que Lope), acababa de heredar á su padre, y ambicionaba ostentar el boato y autoridad de sus títulos, enemigo de fatigar su imaginativa con ninguna clase de estudios, ni de atentar con la molestia más leve á la incorrupta virginidad de su entendimiento; de cortos alcances, pero de suma codicia por parecer ilustrado y poeta. La vanidad era su flaco. Ataviarse, pues, con las peregrinas galas del Fénix de los ingenios y llegar á creérselas propias, sin más tarea que la de poner al pié la firma en caracteres que parecían escarabajos despachurrados, fué para el Duque la mayor ventura del mundo. Confióle sus más íntimos secretos; y, constante en no dar trabajo al discurso, encomendaba á Lope la escurridiza tarea de enamorarle por escrito en prosa y verso las damas, reservándose por supuesto el premio del billete y de la poesía. Lope debió hacerse la desalmada cuenta de que con estiércol se cultiva el árbol que ha de dar fruto, y de que en el valimiento con el Duque afianzaba el de toda la nobleza, y con ella el séquito de la deslumbrada muchedumbre, dispuesta á servir y adular tumultuosamente los gustos y caprichos de los poderosos. Los cálculos no salieron fallidos. (245)

Cada estreno de una comedia de Lope era un triunfo, cada rasgo lírico un asombro, su pre-

sencia el punto á que se dirigian las miradas y alabanzas de la multitud, que siempre necesita de un ídolo. Y como á la observacion del portentoso dramático no se ocultaba ser el vulgo propenso á olvidarse por completo del nombre que no oye con aplauso todos los dias, cuidó de que siempre el suyo le estuviera sonando en el oido, y de que otro ninguno pudiera sobreponérsele. En él, por lo tanto, fueron tan vehementes y desgarradores los celos literarios cual los del amor; rompiendo, como caballo desbocado, toda barrera, cuando esta pasion se apoderaba de su espíritu. Quitábanle el sueño los ajenos aplausos, mortificábale el ajeno elogio, y reservaba el suyo para lo trivial y mediano, aguzando la sagacidad é ingeniatura en deslucir lo admirable. Flaqueza grande en tan robusto y poderoso entendimiento. Dios no lo da todo á uno. Hizo de Lope un sér privilegiado, un misterio que en vano pretenderemos comprender y explicar. Pero, á la manera que al pavon (en cuyas plumas puso los colores del iris y el tornasol de los cielos, dotándole de feos piés para que, al considerarlos, pueda abatir la rueda de su soberbia), entregó á Lope en manos de la envidiosa pasion de los celos, que al más cuerdo desatina, para que por ella cayese, y por ella misma pudiera levantarse. (246)

La emulacion y el anhelo de exclusiva gloria

llevábanle á escribir una comedia nueva cada semana, á leer una nueva y oportuna cancion, romance ó soneto cada noche de academia; á ocupar su musa en todo acontecimiento público, y á tomar parte eficaz en toda fiesta y en toda justa literaria. Así, el ejercicio le hacia maestro, y el estímulo le encumbraba á los aciertos mayores. Pero quien se desvivió para obligar al Duque y á los próceres omnipotentes; quien se abrasaba en el afan congojoso de cautivar sin descanso la atencion del pueblo; quien al oir ó leer una obra excelente de otro y ponerse todo amarillo, no sosegó hasta escribir otra que compitese con ella en hermosura y gallardía, tenia el deber de emular tambien las cristianas y virtuosas acciones, la obligacion de gozar en el bien ajeno para hacerse partícipe de él, y la de contentarse con los propios y honrosos laureles, sin caer en la desdicha de querer deshojar los que otras frentes legítimamente ceñian. Tal fué Lope, desnudo de la aureóla que le circundó en su vida, y con que le contemplan y contemplarán los presentes y venideros siglos. Dios, misericordioso y benéfico, le alargó los dias hasta setenta y tres años para que pudiera recogerse dentro de sí mismo y enmendar los pasados errores. Y, efectivamente, aunque tardío y reservado, el poeta, en su *Laurel de Apolo*, rindió tributo de estimacion á los demás

de su tiempo. Cervántes, como de todo lo bueno, le habia dejado modelos incomparables de indulgencia, entusiasmo y consideracion hácia los dignos hijos de Apolo, en el *Canto de Caliope* y en el ingeniosísimo *Viaje del Parnaso*, obra que ella sola basta para acreditar á un gran poeta. (247)

Pero ¿cómo Lope halló tiempo suficiente para llevar la atildada correspondencia de sus amos el Duque de Alba, el Marqués de Sarría (luego conde de Lémos, D. Pedro Fernández de Castro) y el Duque de Sessa, con príncipes de Italia, duques y soldados valentísimos en Alemania y Flándes, monjas y frailes de campanillas; y á una mano componer mil ochocientas comedias, cuatrocientos autos sacramentales, y más de veinte cuerpos de libros de versos líricos, poemas, historias y novelas; y ser el alma de las complicadas intrigas amorosas de su último consecuente patrono, y atender á las propias, y encontrarse en todas partes? ¿Cómo le fué dado fresca y dócil imaginacion, humor y gusto para no soltar la pluma, envuelto á cada hora en domésticos sinsabores y en persecuciones, compromisos y riesgos, por su invencible inclinacion á tratar á muchas mujeres lo ménos honestamente que pudo? Procesábase por amancebado el juez; perseguíale por desleal la desvergonzada mujercilla; le acosaban los cuidados ó los reproches del hijo de ganancia;

sacaba á relucir sus devaneos y mocedades, atropellando honras, la envidia ó el resentimiento de los poetas; y no pocas veces salvó los peligros con la espada. No parece sino que la índole de su ingenio habia menester de apretados lances y reconvenções amorosas, para pintarlos con admirable verdad en el teatro. Pasma el contemplar una vida tan atropellada, y juntamente de sin igual provecho para las musas españolas. Abisma el considerar la fuerza prodigiosa de aquel entendimiento, el nervio y actividad de aquel hombre, á quien únicamente Cervántes pudo comprender y definir con frase proverbial é inolvidable, llamándole *el monstruo de la naturaleza*. (248)

RUIZ DE ALARCON, estudiante en Salamanca, poeta en Sevilla, literato en México, tuvo por deleitable lectura las poesías y comedias de Lope, tomándole por medelo y pauta desde sus primeros y secretos ensayos. La idea de venir á Madrid hacíase más dulce en su corazon con la esperanza de ver al Fénix de los ingenios, oírle, conocerle y tratarle; quedado fascinado con su apuesta y gallarda presencia, con el fuego de sus ojos, conversacion afable, distinguido porte, pres-teza y vivacidad de ingenio y atractivo de sirena. (249)

Para ALARCON eran desconocidas las flores é

intrigas de corte, ignorando que en ella nada sucede que ántes no esté dispuesto y ensayado entre bastidores, y que la alquimia suele hallar mayor estimacion que el oro. Enamorado por oidas de Lope, llegó, abrióle su pecho, le siguió como el satélite á brillador planeta, y vino á emprender un segundo y práctico estudio de su teatro, fijando mucho la atencion en el efecto escénico.

Pero nunca supo dar con la clave de por qué á veces obtenian mayor aplauso que las obras soberanas del gran dramático, algunas, tambien suyas, endebles y ligeras; y por qué á lo más perfecto y bello de ingenios pujantes, como Tirso y Vélez de Guevara, se obsequiaba con ruidosos chiflidos, grita y baraunda, y con ofrenda de pepinos y análogos proyectiles. Rompiase la cabeza por averiguar el secreto de tan opuestos resultados, y por sorprender el fenómeno de que lo mismo que fríeticamente se aplaudia en Lope de Vega, era en otros silbado; sin caer en la cuenta de que el público no siempre juzga de las obras, sino de los aubres, y que el amañado entusiasmo ó desabrimiento suelen ser pegadizos. Creyó haber una fórmula determinada para satisfacer á la multitud un instinto que adivina sus gustos, un dón de oportunidad, que hace que el poeta llegue á tiempo, y el público se encuentre con lo que estaba deando. (250)

A mediados de Setiembre de 1612 corre la voz de que D. Luis de Velasco intentaba retirarse de la presidencia del Consejo de Indias, á causa de su mucha edad y achaques, pero sin duda por un movimiento de delicadeza. Acababa de llegar de Nueva España la informacion, remitida en virtud de real órden, por el virey-arzobispo Don Fray García Guerra, sobre las colosales obras de la laguna de México, y allí se hacian muy duros cargos al Marqués de Salinas. Ya consideró ALARCON desvanecidas sus esperanzas de toga, y apenóse en gran manera al ver á D. Luis honda, aunque dignamente, apesadumbrado por la suspension y censura injusta de su bizarra empresa, y más aun por el rencor del envidioso Alonso Arias y demás enemigos de Enrico Martin, que, con tal de perder á éste, no reparaban en manchar la honra del más íntegro y celoso ministro. Pero supo DON JUAN consolarle y animarle de modo, que le vino á disuadir de abandonar el campo, en tiempo y sazón que era necesaria como nunca su presencia. (251)

Sin embargo, iba ya convenciéndose el mexicano, de que si el Presidente no le alcanzaba la codiciada garnacha, era por caminar su influencia al ocaso lo mismo que su vida. Ya no estaba en manos del activo y desprendido Marqués henchir de tesoros los galeones de Indias: solo un

buen dictámen podía pedirsele; ¿y qué vale un honrado consejo para hombres que solo buscan honores y riquezas? ¿Otra cosa querian, por ventura, aquellos ministros?

Los ahorrillos de ALARCON iban por la posta, sin arbitrio para reponerlos: tenia regalada mesa y limpia cama, es cierto; pero tambien que hacer vida de señor, y dentro de pocos meses que entablar de oficio sus pretensiones, creciendo asi los gastos. Y entónces,

¿Qué poderoso señor
Para ello os ha de ayudar,
Si en Madrid se ha de alcanzar
Hasta el servir, por favor? (252)

Contra lo que en México habia soñado, no debió hallar en sus ilustres deudos sino atenciones cortesanas, interesables por lo comun, y para que por su intervencion les sirviera en algo el señor Presidente.

¿Qué honradores
Son los tan grandes señores!
—Y más cuando han menester. (253)

La experiencia le fué enseñando á todas horas

Que no consiste en nacer
Señor la gloria mayor;
Que es dicha nacer señor,
Y es valor saberlo ser; (254)

y cada vez se convenció más de cuán poco suele hablar la sangre,

Y que solo tiene el mundo
Un linaje, que es *tener*. (255)

Pero ¿cómo ser apreciado de los poderosos, miéntas en su estimacion no se hiciese lugar con el ingenio? Para conseguirle habia entónces un camino: la poesia. Léjos de DON JUAN pedirles en coplas, como los poetas mendicantes, un corte de vestido de paño; mereciendo, les pediria sus victores y su mayor consideracion. Era, sí, la poesia el lazo aparente de nobles y plebeyos, de ricos y pobres, de levantados y desvalidos. ¿Mas de qué suerte y con mayor fruto emplear el estro poético? O dando libros á la estampa, ó comedias al teatro. Para imprimir libros era menester dinero, propio ú ajeno; para ver en escena las comedias se necesitaba luchar á brazo partido con los autores de compañías, y traerles altos empeños, y contar con el favor y el bolsillo de muy prepotentes y decididos mecenas. Pero el libro impreso viene á leerse entre pocos, y á largo plazo, miéntas la representacion de la comedia se vé por muchos, y en breves instantes. La eleccion no pudo ser dudosa. (256)